



JESÚS: MARGINAL, PROFETA, HUMANO

continuación del texto de González Faus

Lo que constituye a un ser humano es su conciencia humana. Pero a esta conciencia no podemos tener acceso inmediato. Sólo nos acercamos a ella a través de sus palabras, de su prácticas y de su estilo, sobre todo cuando son habituales. Buscaremos el acceso a Jesús a través de los siguientes trazos.

1. "ABBÁ" Y REINO

Hay dos palabras de las que ningún crítico discute que fueron repetidas por Jesús con notable frecuencia: la invocación a Dios como *Abbá* (Padre), y la irrupción cercana del *Reinado* de ese Dios. Jesús invitaba a los suyos a llamar también a Dios *Abbá*. Pero lo que significa esa paternidad, sólo podemos entenderlo a través de lo que entendía Jesús como el Reinado de Dios. He aquí algunas vías de acceso a ese "Reino" que revela a Dios.

1.1. Testimonios ambientales

En primer lugar la descripción que hace el salmo 145. Allí se enumera una situación humana de libertad, justicia, superación de la enfermedad y de la carencia, bondad y acogida del débil. Cuando esto ocurre "Dios reina".

Hay además dos textos útiles en los evangelios apócrifos: "el Reino del Padre está extendido sobre la tierra y los hombres no lo ven" (Evangelio de Tomás 113). Y este otro: "Quien conozca a Dios se encontrará el Reino, porque *conociéndole a Él os conoceréis a vosotros mismos* y entenderéis que sois hijos del Padre. Y a la vez sabréis que sois ciudadanos del cielo. Vosotros sois la ciudad de Dios" (*Pap Oxyr.* 654)¹⁰.

Dos textos muy ricos cuyas palabras subrayadas dan para meditar un momento. Elijo estas citas no porque tengan más garantía de historicidad (dadas sus fuentes no es posible afirmarlo), sino porque resumen muy bien la enseñanza de los evangelios sobre el Reino. Podemos añadirles estas otras dos citas de Pablo: "el Reino de Dios no es comida ni bebida sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo" (Rom 14,17), es decir: igualdad entre los hombres, reconciliación con uno mismo y referencia de todo eso a la Gratuidad. Y "el Reino de Dios no viene por las palabras sino por su propia fuerza" (1 Cor, 4,20), en la línea del evangelio de Tomás, antes citado.

1.2. La praxis de Jesús

En segundo lugar el mismo Jesús parece haber interpretado su tarea curativa como una "señal de que el Reino de Dios está llegando", y no como una demostración de poder sobrenatural que garantice su Divinidad. Esta última interpretación, aunque parece más tradicional, procede de nuestra Modernidad. Los fariseos no cuestionaban ni las curaciones de Jesús ni su carácter "extraño". Por eso buscan más bien atribuir las a artes mágicas o al demonio. Y ello dio ocasión a que Jesús explicara como las entendía él (ver Lc 11,20).

1.3. Sus parábolas

En tercer lugar destaquemos dos rasgos de las parábolas:

a) el Reino de Dios se parece a un tesoro escondido. Quien lo descubra tendrá tanta alegría que dará gustoso por él todo lo que tiene (Mt 13, 44ss): es como una semilla que, bien cuidada, va creciendo por sí sola, aunque el labrador duerma (Mc 4, 26ss). Y sin embargo

b) vuelve a aparecer aquí la conflictividad: en ese Reino no entran las gentes "morales" (fariseos y escribas), sino los excluidos por su inmoralidad ("publicanos y prostitutas"). Pues la moralidad del (des)orden establecido es una moralidad insolidaria que, al excluir, fuerza a muchas gentes a esas conductas inmorales.

Pongamos un único ejemplo de ello en la parábola de los que asisten al banquete (Lc 14, 15-22). Los banquetes públicos de los ricachones eran práctica conocida en tiempos de Jesús, y él recurre a ella para visibilizar el Reinado de Dios, pero cambiando los comensales. Nosotros entendemos que los que no quisieron asistir fingían excusas.

En realidad puede tratarse de justificaciones válidas. La posibilidad de un buen negocio es una excusa razonable para no asistir a un banquete, entonces y hoy. El haberse casado era tenido también como excusa razonable puesto que, en el mundo de Jesús, los banquetes no eran para mujeres sino sólo para varones. Y el que está en plena luna de miel se comprende que no pueda renunciar a ella...

En esta parábola (como en otras muchas¹¹) Jesús denuncia que las conductas moralmente plausibles suelen acabar siendo conductas que justifican o enmascaran la insolidaridad con los débiles y excluidos. Mientras que los que no pueden exhibir esas conductas quedan más abiertos a escuchar la llamada de la solidaridad.

Comenzamos a encontrar aquí cómo el anuncio del Reino es a la vez, subyugante y subversivo. El anuncio de Jesús sobre el Reino de Dios podría retraducirse hoy así: "la Revolución de Dios está ahí. Creed esta buena noticia y cambiad de mentalidad" (cf. Mc 1,15). El mismo carácter subversivo y subyugante tiene el Dios que ese anuncio revela. La paternidad de Dios no es una broma: no sólo porque se trata de una paternidad de hombres *adultos*, sino porque es una paternidad *de todos*¹².

2. UNA EXTRAÑA LIBERTAD

La sociedad por la que anduvo Jesús era notablemente cerrada. En cientos de años no se había movido una tilde ni un ápice en materia de costumbres. Jesús tampoco parece haber tenido contacto con el judaísmo de la diáspora, más crítico y más ilustrado, por el influjo griego.

Sorprende por eso que desde los comienzos, y sin renunciar por ello a sus prácticas de judío observante, actúe con una desconcertante libertad, en temas tan serios como la guarda del sábado, los usos sociales de trato con la mujer, las normas de pureza, o el contacto con paganos y samaritanos. O que se manifieste en contra de lo que él consideraba permisividad de la ley mosaica en cuestiones como el repudio de la esposa, alegando que Moisés había transigido con la dureza de corazón del hombre, pero que ése no era el plan original de Dios sobre la pareja humana¹³.

2.1. Libertad que da autoridad

Los evangelios califican esta libertad de Jesús con la palabra *eksousía*. Es una palabra que significa a la vez autoridad (o poder) y libertad. Y que aparece con ambos significados en el N.T. Por eso antes la he traducido como "el poder de su libertad". Es el único poder que pretendió tener Jesús. Por eso se comprende el comentario extrañado y repetido (pero no precisamente crítico) con que las gentes comentaban sus palabras: "¿de donde le viene a éste esa *autoridad*, si no ha estudiado con ningún maestro?... Un rasgo que también parece confirmar el cuarto evangelio: "nadie ha hablado jamás como este hombre" (7,48).

2.2. Libertad en favor del necesitado

De toda esta libertad no cabe aquí más que un ejemplo. Elegiremos el del sábado, por lo que significaba en el mundo judío, y por la abundancia de testimonios sobre él en los evangelios. Jesús quebrantó repetidas veces el sábado, sobre todo para curar, desoyendo el consejo prudente de esperar a otro día de la semana, y alegando que no podía estar prohibido hacer bien en sábado porque el día sagrado fue hecho para el hombre y no al revés.

Curiosamente, hoy podemos adivinar que, con esta práctica transgresora, devolvió al sábado su verdadero sentido teológico. En sus orígenes el sábado había sido una institución social, no cúllica: perseguía el descanso del asalariado y del esclavo, y lo fundamentaba (como era frecuente en muchas prescripciones del mundo antiguo), declarando "sagrado" el día festivo: en él "había Dios descansado de su creación" (Gen 2,2). Se podía deducir de ahí que el descanso de Dios es precisamente el alivio del necesitado. Y por eso Jesús entiende que dar alivio al enfermo no es quebrantar el sábado sino cumplir su intención más profunda: eso es lo que significa que el sábado había sido hecho para el hombre. Y así lo entiende también el cuarto evangelio cuando le hace decir a Jesús, en contra de la literalidad de la Biblia que "Mi Padre sigue trabajando" (Jn 5,17)... mientras quede un enfermo por curar.

La objeción de que sería mejor esperar a otro día de la semana, visto que no se trataba de curaciones urgentes, no tuvo fuerza para Jesús, aunque ello significase echar piedras contra su propio tejado, puesto que desautorizaba sus curaciones precisamente por estar hechas transgrediendo la Ley ("este hombre no viene de Dios porque no guarda el sábado"). Al rechazar este modo de argüir, Jesús parece dejar claro que lo importante de sus curaciones no era el protagonismo del taumaturgo, sino el protagonismo del enfermo.

Finalmente, al atribuir la curación a la fe del enfermo, y no a sus propios poderes, Jesús saca el binomio enfermedad-curación del campo de lo sobrenatural o de lo mágico, y lo devuelve al campo de la creación, que está en manos del hombre. De ahí el comentario de los Padres de la Iglesia: Jesús curaba no para que viésemos cuánto poder tenía, sino para que sepamos que también nosotros podemos curar.

3. DESDE LOS MÁRGENES

Junto a la "eksousía", la otra palabra que los evangelios más usan para calificar a Jesús es la de las "entrañas conmovidas". Frente a los enfermos, frente a los mil sufrimientos humanos, frente a algunas situaciones personales, frente a las multitudes, los evangelios repiten un conocido verbo griego que significa "se le conmovieron las entrañas"¹⁴

De modo que con el "Abba", el Reino, la autoridad de su libertad, y las entrañas

conmovidas, puede tejerse una rápida tabla impresionista, que echa raíces en lo que con más certeza puede garantizar la crítica histórica.

3.1. Marginación social...

Las entrañas conmovidas dan razón de que la vida de Jesús se moviera no en el centro y desde el centro, sino desde la marginalidad, desde todos esos núcleos y personas que el afán de afirmación individual va arrojando a las cunetas de la historia. Es muy de fiar el texto en que Jesús declara que no se siente enviado más que "a las ovejas perdidas de la casa de Israel" (Mt 15,24). Y, probablemente, no debemos buscar en Él una pretensión de misión universal ya desde el principio. Sin que ello obste para que luego, la explícita exclusión que hacía la religión judía ante los de fuera, le llevara a poner mil gestos de acogida hacia los paganos, en los que la iglesia primitiva encontraría fundamento para ir ella al mundo entero. Sus entrañas conmovidas pusieron una bomba de largo alcance en el corazón del particularismo judío. Y quizá nos sirvan a nosotros, en momentos en que tanto hablamos de universalismo y de "globalización": los fatuos imperios de esta tierra deberían saber que la globalización no consiste en cerrar las propias puertas e imponer los propios productos o la propia cultura. No puede haber verdadera globalización, si no se empieza por "globalizar la propia casa", y por integrar a todas su ovejas perdidas, antes de pretender conquistar mundos y mercados.

Las "entrañas conmovidas" permiten a Mateo superar el problema de la relación entre Antiguo y Nuevo Testamento, con una frase del profeta Oseas que marca la pervivencia del primero más allá de todas las rupturas: lo que Dios quiere es "misericordia y no culto" (Mt 9,13 y 12,7). Y, porque eso es lo que Dios quiere, en el juicio último del hombre ante Dios, valdrá lo que se ha hecho inmediatamente al hermano hambriento o enfermo, pero no lo que se ha querido hacer inmediatamente a Dios¹⁵. De este modo, la frase antes citada de Santiago sobre la religión verdadera, la reformula Mateo con una frase de Jesús: "si al ir a presentar tu ofrenda al altar, recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja el altar y ve a reconciliarte con tu hermano" (5,22-24). Tendría poco sentido discutir si esa frase es palabra literal de Jesús o procede del evangelista, puesto que, en este segundo caso, sería aún más seria para nosotros porque ya no podríamos desautorizarla diciendo que se refiere al culto veterotestamentario. Y dado que cuando los evangelistas modifican palabras de Jesús, suelen más bien suavizarlas, habría que preguntarse qué intensidad debió tener la experiencia de Jesús que Mateo hizo cuajar en semejante frase, a la cual ni siquiera los cristianos hemos sabido dar vigencia en veinte siglos.

3.2. ... fundamentada religiosamente

Esa ley de gravedad hacia los márgenes podríamos simbolizarla en un gráfico que consta de dos flechas cruzadas (vertical y horizontal), cuyos extremos señalan cuatro dinámicas de exclusión y de marginación: arriba y abajo, a un lado y a otro: enfermos, pobres, mujeres y extranjeros. En una sociedad que se confiesa fundada por Dios y declara tener a Dios en su centro, esas líneas centrifugas aparecerán como brotando de Dios y sancionadas por Él. Y así ocurría en el mundo de Jesús.

— Pecadores eran los enfermos, y ello justificaba muchas veces su marginación social, cerrando un círculo vicioso que dificultaba su curación: "impuros" eran los leprosos y por eso había que apartarse de ellos; y ante el ciego de nacimiento los apóstoles preguntan a Jesús quién había pecado, si él o sus padres, para que estuviera así. Jesús, en cambio, curaba no para mostrar su divinidad, sino la fuerza

del Reino en el ser humano (“tú fe te ha salvado”). La apologética tradicional fue bastante ciega en este punto.

— Pecadores eran también los pobres, “esa masa que no conoce la Ley y están bajo maldición” (Jn 7,49), porque no tenían tiempo más que para endeudarse, hasta que su misma deuda acababa llevándolos a entregarse como esclavos, o a huir a las montañas, hasta cuajar en el movimiento zelote¹⁶. Si en las parábolas de Jesús aparecen banquetes y deudas, no es casualidad sino reflejo de la condición de su sociedad. Sólo que Jesús invierte los términos: en el banquete del Reino los protagonistas son los que nunca habían asistido a una de las comilonas saduceas. Y las deudas son perdonadas, salvo a aquellos que no perdonen a su vez a sus deudores.

— Pecadores eran los extranjeros y los paganos, de los que ya hablamos en el capítulo anterior. Pero aquel judío piadoso no tenía reparo en acudir a casa de un pagano que sufría¹⁷. Y Él, que tanto valoraba la fe y tantas veces reprocha a los suyos su “poca fe”, sólo en dos pasajes de los evangelios alaba públicamente la fe de alguien. Y las dos veces se trata de paganos (el centurión romano y la mujer sirofenicia).

— Y si no pecadoras, inferiores eran las mujeres, tanto en la sociedad griega como en la judía, incapacitadas en ésta para ser testigos y para aprender la Ley. Este punto merece mayor explicación, porque hoy es muy difícil que podamos percibir lo subversivo de la conducta de Jesús.

A parte de algunos trazos ya citados, resultaba extraño verle caminar al lado de ellas, en una sociedad en la que hasta la esposa debía caminar detrás de su marido cuando ambos salían a la calle. Quienquiera que sea, era un buen conocedor del mundo judío aquel que escribió que (hasta sus apóstoles) “quedaron sorprendidos de verle hablar con una mujer” en público (Jn 4,27). Así caminó el Galileo: enseñando la Ley de Dios también a mujeres y aclarando que *también para ellas*, esta era “la mejor parte” (Lc 10,24). O entablando con varias de ellas una relación de profunda amistad igualitaria, más llamativa en aquél que enseñaba que la entrega al Reino y la pasión por él, pueden llegar a “incapacitar” a algunos seres humanos para una relación conyugal normal, y que “el que pueda, que entienda eso” (ver Mt 19,12).

Junto a las mujeres, hoy convendría decir otra palabra sobre los otros seres “inferiores” de aquella sociedad: los niños. Las palabras de Jesús sobre “recibir el Reino como niños”, o “hacerse como niños para entrar en el Reino”, no deberíamos entenderlas desde los rostros infantiles, sonrientes y encantadores, que pueblan tantos espacios de nuestra vida social. Están mejor contextualizadas entre los *meninos da rua* brasileños, o los niños que trabajan. “Hacerse como ellos” significa situarse en los márgenes sociales para poder acceder al Reino. Añadiendo el otro rasgo típico de la infancia: el niño sabe (y lo saben aún mejor los ejemplos que hemos citado) que todo lo que tiene es recibido. Gratuidad y marginalidad no se oponían en la mente de Jesús.

Ahí, en los márgenes, encontró a Dios aquel judío marginal y libre. Eso le hizo exultar de alegría y bendecir a Dios (ver Mt 11,25ss). Desde ellos lo proclamó, y desde ellos invitó a todos a preparar su Reino. Por eso muchos no pudieron entenderle. Y por eso (como veremos), murió “fuera de las puertas de la ciudad” (Heb 13,12).

4. UNA EXTRAÑA DIALÉCTICA ANTE EL SER HUMANO

Es dato conocido y lamentado, que los evangelios dan muy pocas pinceladas sobre lo que pasaba en el interior de Jesús. Por eso merecen atención estas duras palabras de un evangelista: "muchos creyeron en Él, pero Jesús no se fiaba de ellos... Ni tenía necesidad de que se le informara acerca de los hombres, pues Él conocía lo que hay en el hombre" (Jn 2, 23-25). Sorprende entonces que este hombre desconfiado sea precisamente el que más ha exigido y esperado de los seres humanos. Es probable que la expresión "os haré pescadores de hombres" que es el único programa que presenta a sus seguidores cuando los llama, no tenga un sentido numérico de proselitismo, sino el de sacar la mejor calidad humana de esa mar turbia de inhumanidad que solemos ser los humanos. Sacar "la mejor versión posible" de cada persona, en línea con lo que habían anunciado los Profetas: "cambiar el corazón de piedra en un corazón de carne", o sacar ese ser humano libre y con las entrañas conmovidas al que cabría calificar como "hombre del Reino", en correspondencia con el Reino de Dios anunciado por Jesús.

Jesús era consciente de que muchas conductas moral o religiosamente correctas no hacen más que enmascarar autocomplacencia, dureza y falta de solidaridad, afán de ser vistos. Creía que los hombres tienen una medida muy distinta cuando se trata de juzgar a los demás (donde no dejan escapar ni una paja) y de juzgarse a sí mismos (donde son incapaces de ver auténticas vigas), sabía que con frecuencia los más ciegos se erigen en guías de ciegos, contaba con que los seres humanos pueden matar "pensando que hacen un servicio a Dios" (Jn 16,3). Y debió usar bastantes veces palabras como "hipócritas o hipocresía" que, en todo el NT sólo aparecen (y con frecuencia) en labios de Jesús.

Pero de todo este balance, que podría firmar Maquiavelo, Jesús no extrajo la conclusión del florentino (sacar partido de la miseria humana en provecho propio), sino que pide a los suyos que no teman, "porque el Padre se ha complacido en vosotros". Creo que es posible afirmar sin ninguna clase de apologética que, aunque conoció la traición y la decepción como todo el mundo, *ningún ser humano ha sacado tanto de los hombres como Jesús*. Realmente parece haber sido un auténtico "pescador de hombres". Pero no hay que entender estas frases en un sentido falsamente "sobrenatural", sino desde aquel encuadre del N.T. que describía a Jesús "presentándose como uno de tantos y actuando como un hombre cualquiera" (Fil 2,7).

A la vez, este hombre aparentemente duro resultaba escandalosamente comprensivo cuando se trataba, no de lo que él detestaba como hipocresía, sino de la simple debilidad humana (ver Jn 8,1ss). Salvo el calificativo de "zorro" dirigido al tiranuelo de turno, nunca aparece en sus labios un juicio negativo sobre individuos concretos. Jesús se ensaña con grupos o formas de ser humano que caben en dos apartados: a) aquellos ricos que "como amaban el dinero se reían de Él" (Lc 16,14), a los que Jesús pide ingenuamente poner todo lo que tienen al servicio de los pobres (ver Lc 12,33); y b) esos fariseos a los que Jesús acusa de tener el corazón no ya duro sino "necrosado" (Mc 3,5), ciego. En esta ceguera de corazón que siempre encuentra razones sólo para lo que le conviene, parece ver Jesús la raíz de aquella hipocresía que tantas veces denuncia. Pues ella frenaba la innegable "capacidad de encuentro" que parece haber tenido aquel hombre, y que hacía que su acogida a los demás resultara para muchos interlocutores fuente de paz consigo mismos, de autoestima, de salud anímica, de expulsión de los propios demonios, y señal del perdón de Dios. A esa capacidad de encuentro parece referirse Oscar Wilde cuando escribe que, para Jesús, no existían leyes sino sólo excepciones. Pero, otra vez en contraste con las denuncias de ese fondo posesivo e hipócrita del ser humano, aparece la invitación de Jesús a "tener unos ojos limpios" porque, si los ojos son limpios, todo el cuerpo parece volverse transparente e ilumina con su luz

(ver Lc 11,34-36). Y así podría seguir nuestra dialéctica. Pero quedan aún capítulos pendientes.

5. SU ESTILO

El texto que abrió ese Cuaderno proclamaba que Jesús “no fue a la universidad ni escribió libro alguno”. No obstante se percibe en los evangelios un claro contraste entre la belleza de muchas palabras puestas en labios de Jesús, y el estilo más bien rudo de los evangelistas.

Su lenguaje estaba hecho de observación de detalles, de colorido meridional y de dialéctica. Entran en él la levadura con que amasa una mujer, el tamaño mínimo de algunas semillas que luego crecen más de lo que parecía posible, o los dos centavos que da de limosna una anciana insignificante, y en los que Jesús se fija más que en los cheques que dan los señores de este mundo: porque en aquellos centavos iba todo el corazón de la anciana; y en los cheques no va más que un expediente para quedarse tranquilos o llamar la atención (ver Mc 12,41ss). Entra también ese modo gráfico de pintar la hipocresía como “colar el mosquito y tragarse el camello”. Y esa doble mano de ser sencillos como las palomas y “largos” como las serpientes, o de “hacer un cosa pero sin olvidar la otra”.

Sus frases más profundas no lo eran porque fuesen inaccesibles a la gente sencilla, sino porque tienen diversos niveles de lectura según la profundidad del oyente. Al revés de la sabiduría griega, Él prefería hablar más de las cosas que vemos que de las esencias que no vemos; pero el oyente se sentía llevado a éstas a través de aquéllas. Recurrió mucho al género narrativo, probablemente porque tanto a Dios como al sufrimiento (y aunque por razones diversas), no se puede acceder a través de nociones abstractas sino sólo a través de la narración.

Y sus palabras funden con frecuencia el radicalismo ético del lenguaje de los profetas de Israel, con el tono sapiencial del que sabe buscar lo que más le conviene: de modo que la opción por los pobres, la no violencia, el hambre de justicia, la misericordia, la limpieza de corazón, el trabajo por la paz y hasta la persecución, no eran para él duros imperativos del exterior, sino caminos inesperados de felicidad: “dichosos los tales”. Este es uno de esos juegos bruscos de luz que hacía que muchas de sus palabras produjeran vértigo. Y ante ese vértigo, Él se limitaba a remitir a los hombres al poder de Dios.

Da la sensación de que, hacia el final de su vida, su lenguaje se endureció algo. Esto tiene que ver con el último punto que vamos a presentar.

6. INESPERADA CONFLICTIVIDAD

El *hecho* y la intensidad de esa conflictividad ya fueron citados en el capítulo anterior. Para decir una palabra sobre sus *contenidos*, añadiremos ahora que la figura y la palabra de aquel hombre supusieron una amenaza inesperada para todos los bienestantes de su sociedad, quizá también una decepción para todos los que, a los principios, se habían entusiasmado con Él. La reacción y la decisión de acabar con él fueron increíblemente rápidas. Quizá porque nada vuelve al ser humano más agresivo ni más innoble que el pánico. Y aquellos hombres intuyeron pronto que el Reino de Dios y el Dios del Reino anunciados por Jesús, suponían el fin de sus privilegios.

Por otro lado, había algo en aquel hombre “manso y humilde de corazón”, que desataba su agresividad. Y era ver falsificado el Nombre de Dios, utilizándolo como razón para no hacer el bien, o sirviéndose del culto a Dios como fundamento de diferencias de trato entre los hombres (entre judío y gentil, entre mujer y varón,

entre laicos y sacerdotes). Esta parece haber sido la razón del escándalo que provocó en pleno Templo cuando su primera visita a Jerusalén, y después de haber llorado sobre la ciudad como cualquier seguidor suyo debería llorar hoy sobre el Vaticano. La "expulsión de los mercaderes" del Templo no fue una mera denuncia de (¿inevitables?) abusos económicos, sino la desautorización de una forma de culto que consagraba esas diferencias entre las personas. En estos momentos Jesús, literalmente, saltaba. Y no es que, para Él, Dios no hiciera diferencias: pero la única parcialidad de Dios era la parcialidad radical hacia los márgenes y sus moradores.

Es un hecho que los evangelios están jalonados por dardos bien agudos, lanzados por Jesús a los "eclesiásticos" de su época, y que los evangelistas quisieron conservar después, para que no se repitieran en la Iglesia cristiana: "Quebrantáis la voluntad de Dios acogiéndoos a vuestras tradiciones... Devoran los recursos de las viudas con la excusa de rezar por ellas... Pagáis el diezmo de la menta y el comino, y 'pasáis' de aquello que Dios más desea: la justicia y la misericordia... Matan a los profetas enviados por Dios, y luego presumen de ser hijos suyos... Se visten de símbolos religiosos ("filacterias") como si Dios mirase lo exterior... La casa de mi Padre no es una cueva de ladrones..." (ver en Mt los caps. 15, 23, 6 y 21).

Así, "suelta la crin y la ternura suelta" (P. Casaldáliga), Jesús luchó contra las falsas imágenes humanas de Dios, deformadas por el miedo o por el interés. Por eso quizá tenga razón el japonés E. Susaku, cuando afirma que en Jesús era perceptible un dejo de tristeza. Pues en este mundo, el amor verdadero no puede menos de verse afectado por el peso de una cierta tristeza.

Los evangelios parecen testificar también que, hacia el final de su vida, disminuye el lenguaje del Reino, y Jesús echa mano de un género de su época llamado "apocalíptico", que describe o anuncia calamidades, no tanto como un vaticinio sino como una advertencia, y para proclamar que, a pesar de ellas, Dios sigue siendo Señor de la historia. Pero ese lenguaje apocalíptico parece prefigurado en una de las frases más serias (y más olvidadas) de los evangelios, que revela cómo Jesús (a pesar de esa confianza en el hombre que antes veíamos) era plenamente consciente de la conflictividad de su mensaje: *el anuncio del Reino de Dios no cabe en los envases de este mundo*; sería como meter vino nuevo en odres viejos, o poner un remiendo de paño nuevo en un tejido ya viejo y deshilachado (ver Mt 9,16ss). O se alterará el sabor, o se desgarrará el recipiente. Las iglesias cristianas saben bien hasta qué punto su historia oscila entre estos dos extremos: o aguar el legado de muchas reformas, o hacer saltar la estructura en la que habían brotado.

Esa es la fuerza explosiva de aquella imagen de Dios que Jesús había anunciado con otra de sus dialécticas extrañas, que nosotros no sabemos armonizar pero que, además de resumir todo este capítulo, explican lo conflictivo y subversivo pero también lo subyugante e imborrable de su paso por la historia. Por un lado, que "no se puede servir a Dios y a la riqueza" (Mt 6,24). Así de sencillo aunque nuestro mundo diga que no. Y por otro lado que no hay amor posible a Dios si no se ama al hombre (Mt 22, 34ss). No es que ambos amores sean "lo mismo", pero si que es *imposible* separarlos. Aunque a las iglesias les cueste entenderlo.

CONCLUSIÓN

Jesús no fue un loco ni un revolucionario; pero se parecía palpablemente al uno y al otro, hasta dar pie a que lo confundieran con ellos. Al final, Herodes lo trató de loco y sus paisanos lo entregaron a la cruz como subversivo. Quien se ponga a seguirle... tiene que contar con la posibilidad de caer víctima de este malentendido.

